

Un nuevo libro de Toynbee

Marià Manent

En lo que va de siglo, tres brillantes pensadores –Spengler, Valéry y Toynbee– han meditado sobre el sino de la civilización occidental. Los tres han interrogado a la Historia. Sus reflexiones no son la expresión académica de un paralelismo entre el pasado y el presente: nacen de una sensación angustiosa y profunda. Como las grandes culturas que la precedieron, la nuestra, que en ocasiones nos pareció tan sólida y tan ligada a la idea de un indefinido progreso, puede también desaparecer. Valéry nos comunica sus temores recurriendo a la enumeración realista y a la vívida imaginación poética. Ve los imperios naufragados, con todos sus hombres y sus máquinas, sus dioses, leyes, academias, gramáticas, poetas y críticos, y los críticos de sus críticos. «Percibíamos –dice– allende el espesor de la Historia, los fantasmas de inmensas naves que estuvieron cargadas de riqueza y de espíritu. No podíamos contarlas ... ». Pero el pensador francés sólo recoge en la Historia esa trágica lección: la fragilidad de las civilizaciones. Nínive, Babilonia eran nombres bellos y vagos. También lo serían algún día Francia, Inglaterra, Rusia. Valéry no intenta buscar en la Historia razones, estructuras y «constantes» que expliquen la carrera vital de las culturas. No cree en la Historia como instrumento científico; nadie la ha denigrado con más ardor que el autor de *Variété*. Sólo ve en ella imprecisión, confusión, tosquedad de métodos, incitación a la pereza mental de los hombres que, al enfrentarse con la singularidad de una situación, buscan –ante el futuro sin imágenes– su inspiración en la Historia. Ésta, con su tabla de coyunturas y catástrofes, su galería de antepasados, su formulario de actos, expresiones, decisiones y actitudes, «nos ayuda a devenir». Todas las reflexiones de Valéry sobre la Historia tienen ese tono amargo y escéptico.

También Spengler hace objeciones a los métodos de la historiografía y señala la insuficiencia de los que precedieron a su morfología de la Historia universal. Critica, por ejemplo, a Ranke por sus paralelismos de tipo romántico, que se limitan a considerar la semejanza de la escena, sin atender al sentido «estricto y matemático» de las afinidades históricas. Pero si existe alguien que haya creído en la Historia, que se

haya hundido en ella voluptuosamente como en un mar, éste es Spengler. Le atribuye un valor de filosofía y de ciencia; según él, el estudio comparativo de la morfología histórica es la última gran empresa que aún le queda al pensamiento humano en nuestra decaída civilización.

Si Valéry niega a la Historia toda virtualidad de predicción, Spengler escribe su famosa obra sobre la decadencia de Occidente para descubrir el perfil del futuro. Un aspecto desconcertante, y, en cierto modo, patético de la amplia visión spengleriana es el contraste entre su diagnóstico sobre nuestra civilización y el curioso entusiasmo con que acepta su sino. Al referirse al inevitable ocaso de la cultura occidental, convertida ya en «civilización», en fase de decrepitud espiritual y de grandeza puramente técnica, señala «los hechos duros y fríos de una vida que está en sus postrimerías»; subraya, como saboreando la precisión de su análisis, los rasgos de decadencia que descubre en la poesía, la música y las artes plásticas; y, aunque a menudo le traicione un sentimiento de nostalgia por las épocas de plenitud creadora, contempla las posibilidades de nuestra fase histórica con una resignación que adopta, a veces, la máscara del orgullo. Si el hombre del Occidente europeo no puede tener ni una gran pintura ni una gran música; si no queda ya esperanza a los arquitectos, a los filósofos ni a los poetas —y esto se escribía en tiempos de Yeats, de Claudel y de Rilke!—, Spengler se consuela contemplando «las formas suntuosamente claras e intelectuales» de un trasatlántico, de una máquina de precisión o de un alto horno. Su actitud recuerda, en cierto modo, la de los existencialistas de matiz sartriano. El carácter positivo de su programa disimula una íntima desesperación: es el trémulo canto de quien procura, en la soledad de los bosques, dominar su miedo. Pero Spengler ya nos advirtió que las «contradicciones internas» abundarían en su obra.

Tampoco faltan en la de Toynbee que es, en muchos aspectos, el anti-Spengler. Obra de un pensador cristiano, el famoso *Study of History* encierra, sin embargo, ciertos vestigios de nomenclatura positivista (el uso, por ejemplo, del vocablo «mito» aplicado a relatos de un libro que todo cristiano debe considerar sagrado). El *Study* se organiza al par como obra de ciencia —aplicando al estudio comparativo de las civilizaciones los métodos de la antropología— y como filosofía de la Historia. Toynbee difiere de Valéry en su valoración de las posibilidades que la Historia ofrece al pensador y se opone a Spengler en un punto esencial: el autor del *Study* no es determinista. Tal vez la paradoja fundamental de esta obra consiste en su elaboración de inúmeros paralelismos para llegar a la conclusión de que la carrera vital de las culturas no es predeterminada como

los organismos vivos. Las culturas, dice Toynbee, no son organismos vivos: sólo lo son sus componentes. Todo el complejo mecanismo del *Study* se pone en marcha para deducir «leyes», como corresponde a la ciencia; el lector asiste, como en la obra de Spengler, a las diversas fases del desarrollo y decadencia de las culturas, pero la lección que recoge Toynbee al confrontar los orígenes de aquéllas y al comparar la forma de su extinción, es precisamente la negación de la supuesta «ley natural» que permite predecir el fin de las civilizaciones como el de las plantas o de los hombres, tras una determinada curva vital. Ese tipo de sociedad superior desaparece, según Toynbee –y usando la terminología psicoanalítica de uno de sus más finos expositores– a causa de imprevisibles «neurosis conducentes al suicidio». Se trata de una tara moral o psicológica, de una doble tentación en las minorías creadoras que dirigen los pueblos: la pasiva admiración de la perfección lograda en el cenit de una cultura, como en el caso de los estadistas atenienses al deificar su ciudad-Estado, o la embriaguez bélica que, consumado el «suicidio lento» registrado en otras esferas del Estado asirio, determinó su destrucción.

Al comentar el nuevo libro de Toynbee, *Civilization on Trial* (Oxford University Press), un crítico inglés preguntaba si es posible conservar la tesis spengleriana de los paralelismos históricos rechazando su visión ampliamente determinista. En su reciente libro –que contiene dos ensayos escritos hace veinte años y una serie de conferencias pronunciadas recientemente en Norteamérica (1947-1948)–, Toynbee insiste en que, pese a la similitud de situaciones, los europeos de 1950 no han de compartir fatalmente el sino de los griegos del año 400 a. de C. Si así es, objeta el crítico, ¿no será toda la tesis de Toynbee como una ornamental execrecencia plutarquiana en el relato histórico, en vez de una interpretación de su íntimo sentido? La originalidad de Toynbee consiste precisamente en esta utilización del paralelismo histórico para afirmar una posición antideterminista. Comparando el origen, la plenitud, decadencia y extinción de más de veinte civilizaciones (Spengler habló de nueve en su vasta síntesis), sólo puede explicar el misterio de su génesis y de su desaparición mediante el factor que Jeans llama «incógnita», una incógnita psicológica, «el factor menos visible, pero el más importante, el más grávido de destino». Los paralelismos de Toynbee demuestran que las civilizaciones no se desarrollan y perecen con la regularidad de los organismos biológicos: siempre existe en ellas un elemento imprevisible. El espíritu sopla donde le place.

El éxito de *Study of History* –«la obra histórica más grande de nuestro siglo», según la calificó merecidamente W.J. Russell– no sólo deri-

va de su intrínseco valor, sino de la ocasión en que se ha publicado. La edición abreviada de Somervell ha sido, durante largos meses, uno de los libros de mayor venta en los Estados Unidos. En un mundo dividido, hosco y sombrío, muchos sienten el irresistible afán de descifrar el gran enigma, de atisbar lo que nos reserva el futuro. Toynbee revela en ella su aprensión algo contradictoria, pero también esperanzada. Su nota predominante es un sentimiento de religiosa confianza y humildad. «Ahí está un reto que no podemos eludir –dice, refiriéndose a los peligros que amenazan a nuestra civilización– y de la respuesta que le demos depende nuestro destino». Pero no lo deja todo en manos del hombre, al modo de quienes ven el devenir de las civilizaciones como una fortuita floración de formas orgánicas: nos invita a rogar «con contrito corazón y humildad de espíritu».

En *Civilization on Trial* perfila Toynbee la visión del futuro apuntada en el *Study*. Según él, la facilidad de comunicaciones y la interdependencia de los continentes conducirá a la unificación política del mundo. Lo dudoso es si se llegará a ella tras una gigantesca guerra o mediante el consentimiento y la colaboración de los pueblos. «La maldición de un Estado universal –decía ya en el *Study*– consiste en que es el resultado de un golpe mortal asestado por el único miembro superviviente de un grupo de potencias militares en pugna. Es producto de la «salvación por la espada», que, según hemos visto, no es, en realidad, salvación. Lo que buscamos es el libre consentimiento de los pueblos que les permita vivir en unidad y realizar, sin coerción alguna, los amplios ajustes y concesiones sin los cuales ese ideal no puede llevarse a la práctica». En su último libro Toynbee insiste en que la deseada «superestructura» de los pueblos, para ser viable y fructífera, debe prescindir de su base secular y erigirse sobre cimientos religiosos*.

* Ordenando el archivo epistolar de Albert Manent apareció traspapelado entre sus cartas este artículo de su padre, Marià Manent (1898-1988) –el poeta y diarista, crítico y traductor. Se publica ahora por vez primera. Manent debió escribirlo a finales de los años cuarenta (la primera edición de *Civilization on trial*, libro que origina la nota, se publicó en 1948) y muy probablemente pensó publicarlo en la revista *Ínsula*, en la que colaboraba con cierta regularidad desde el mes de junio de 1946 (a él se le encargó en un primer momento la sección «Crónica de libros ingleses»). Sobre la triada de pensadores a los que se refiere al inicio de este artículo, vale la pena señalar que los tres fueron lectura de Manent. Lo atestigua su diario. A propósito de *La decadencia de Occidente*, en 1925, afirmaba (en catalán) que «quizá sea más interesante por las observaciones de detalle que por sus generalizaciones teóricas». A mediados de los cuarenta leería la versión abreviada de *Study of History*. A Valéry, a quién conoció en Barcelona el año 1933, lo leyó repetidas veces a lo largo de su vida. [Nota de Jordi Amat].